

Perspectivas de la economía mundial

NICHOLAS KALDOR*

Se me pidió que en 20 minutos resumiera mis opiniones sobre las perspectivas económicas del mundo desde el punto de vista de un viejo economista, que ha vivido muchos ciclos de modas intelectuales y de ondas generales de optimismo y pesimismo, y que, aunque sea sólo por la edad, ha tenido más oportunidades de repensar las maneras de encarar los problemas económicos mundiales que aquellos que tienen la envidiable desventura de ser más jóvenes. El único resultado claro al que he llegado es que no tiene caso aplicar “modelos” o métodos de pensamiento establecidos a nuevas situaciones, en gran medida imprevistas. Hay que comenzar por preguntarse cuál es el rasgo particular que el método previo no tomó en cuenta. Como dijo Keynes alguna vez, en el progreso del pensamiento las dificultades y la parte creadora radican en descartar viejas ideas, lo que es mucho más difícil que inventar algunas nuevas.

En un notable ensayo presentado al comenzar este Congreso, el profesor Samuelson nos recordó el optimismo básico de Keynes: pensaba, mucho tiempo antes de escribir la *Teoría general de la ocupación*, que el problema económico, el problema de la necesidad debida a insuficiencias o escaseces materiales, podría resolverse, con suerte, en el curso de pocas generaciones. Como lo ha mostrado Samuelson, algunas de las predicciones keynesianas resultaron notablemente exitosas al anticipar el ritmo del progreso económico de los decenios dorados (el período de 1950 a 1970); no obstante, su horizonte no fue más allá de ese afortunado rincón del mundo que comprende, además de Inglaterra, sólo a los estados de Europa noroccidental y a los de América del Norte. Si bien los decenios dorados de la posguerra significaron mayores tasas geométricas de crecimiento, tanto en los países pobres como en los ricos, las diferencias absolutas entre ellos se ampliaron más rápidamente.

Por lo que hace a las aspiraciones, se acrecentaron mucho las tensiones provenientes de una mayor conciencia de tales diferencias, conciencia que fue un subproducto de la revolución de concepciones, de medios e instrumentos técnicos y de imágenes que ocurrió en las comunicaciones. Y esto sucedió tanto entre los países ricos y los pobres, cuanto entre las clases opulentas y las desposeídas de cada país.

Hubo un tiempo, no hace mucho, en que casi todos atribuían la pobreza principalmente a la escasez de capital, entendiendo por eso la falta de instalaciones fabriles y de maquinaria per cápita. Creían que sólo se necesitaba enseñar a los pobres las virtudes del ahorro (y del aprendizaje) y enseñar a los ricos a ayudar a los pobres mediante generosas donaciones, préstamos de largo plazo y asistencia técnica, a fin de lograr los mismos niveles de bienestar para toda la humanidad en un tiempo mensurable. Es posible que algunos todavía creen en esto, como se desprende de manera automática del paradigma según el cual el capital y el trabajo son los únicos factores de la producción.

* Reino Unido. Discurso pronunciado en la sesión plenaria de clausura del Sexto Congreso Mundial de Economistas. Traducción del inglés de Sergio Ortiz Hernán.

Creo que nada pudo haber sido más ingenuo. La restricción real no consistía en la falta de capital (ya que su deseada abundancia es más el resultado que la causa del desarrollo exitoso), sino en las limitaciones impuestas por los recursos naturales, bien sean los provenientes del suelo, bien los provenientes del subsuelo o del mar. Para que toda la población del mundo pudiera lograr los niveles de vida de Europa Occidental o de América del Norte, tendrían que incrementarse muchas veces, quizá cinco o seis, los productos extraídos cada año de la naturaleza, en forma de alimentos básicos, materias industriales o minerales básicos, así como combustibles fósiles. No es necesario ser un seguidor devoto del profesor Meadows o del Club de Roma para darse cuenta de que es una meta imposible.

Me pregunto si muchos economistas han tomado en serio la predicción universal de todos los clásicos, desde Adam Smith y Ricardo hasta John Stuart Mill, de que debido a la escasez de tierra y de recursos naturales alguna vez tendrá que detenerse el crecimiento económico general y de que, en el camino hacia ese fin, será necesario dedicar una proporción siempre creciente de trabajo a satisfacer las necesidades humanas básicas de alimentación, dejando sólo un porcentaje decreciente para las demás necesidades. Desde los tiempos de Ricardo, lo que ocurría en realidad era exactamente lo contrario. La proporción de trabajo dedicado a la agricultura se hizo cada vez menor, en tanto aumentó muchísimo el excedente de la producción agrícola respecto al autoconsumo de los agricultores, que Smith consideraba requisito inescapable para ocupar mano de obra en la producción de bienes industriales y de servicios, incluidos los que requería el Soberano. Y esto sucedió a pesar de que, junto con el desarrollo industrial, hubo una enorme explosión demográfica en todas las partes en donde ocurrió aquel proceso.

Es cierto que Ricardo se reservó una puerta de escape; la gran ley de los rendimientos decrecientes, que en última instancia gobierna todo, puede quedar suspendida durante algún tiempo por lo que él llamó “mejoras en el arte del cultivo”. Ahora, con las ventajas que da al transcurso del tiempo, sabemos que, en este punto, la literatura clásica se quedó muy corta. Las mejoras en dicho arte —en otras palabras, las invenciones e innovaciones que ahorran tierra o recursos naturales— no sólo suspendieron el funcionamiento de la gran ley, sino que la hicieron prácticamente inexistente; de plano desapareció de la escena. Y esto ocurrió a pesar de que la otra forma principal del progreso técnico (las invenciones que ahorran trabajo) también avanzó mucho en la creación de nuevas máquinas y nuevas maneras de utilizar la energía no humana, con lo que una oferta dada de insumos industriales (bien producto de la agricultura, bien de la minería) requería mucho menos trabajo para transformarse en bienes finales. Si a pesar de todo, en los últimos 200 años se ha visto tan enorme aumento de la ocupación no agrícola, tanto en términos absolutos como con respecto al total, esto debe significar que, al contrario de lo que la gente cree, el progreso del conocimiento humano fue superior, en términos cuantitativos, en el ahorro de recursos naturales que en el de trabajo. Sin esa superioridad, los inventos que ahorran mano

de obra (bien sea que entrañen la sustitución de trabajo por maquinaria o que supongan la mejor explotación de las economías de escala, debido al crecimiento de los mercados) habrían compensado por sí mismos la demanda de mano de obra de los sectores secundario y terciario. Esto obedece a que la producción no pudo haber crecido con mayor rapidez que la permitida por el aumento del dominio humano sobre la naturaleza; si el ahorro de mano de obra en la conversión o transformación de materias primas hubiera progresado a una tasa todavía mayor, las oportunidades de empleo en sectores distintos del agrícola habrían disminuido en vez de incrementarse.

Por supuesto, con excepción de los países afortunados durante sus etapas venturosas, nunca ha existido la ocupación plena en el sentido de que no haya habido solicitantes frustrados de trabajo, oferta excesiva en el mercado laboral. Si se tiene en cuenta la enorme magnitud del desempleo disfrazado tanto en la agricultura como en los servicios (y éste existió hasta en los mejores países en sus mejores épocas) se está obligado a concluir que la propensión a ahorrar tierra en el progreso técnico, por importante que haya sido, no fue suficiente. No pudo aumentar la oferta de productos primarios con la rapidez necesaria para ir al ritmo del crecimiento demográfico, cosa que tampoco logró el progreso de la tecnología que ahorra mano de obra. Incluso antes del histórico quiebre de 1973, el desempleo creció de una manera persistente, si no en todos, sí en la mayoría de los países más pobres del mundo: las nuevas oportunidades laborales no bastaron para compensar el creciente número de personas que necesitaban trabajo y, por supuesto, la última etapa del progreso técnico, que algunos consideran una revolución, la etapa de las computadoras y de las microprocesadoras, es mucho más ahorradora de mano de obra que de recursos naturales.

El problema general de desempleo, que ya se venía agravando de manera persistente mucho antes de los acontecimientos de 1973, y también después, según los informes del Banco Mundial, se ahondó aún más debido a los remedios adoptados para combatir la inflación por el azote del monetarismo, como me gusta llamarla. Trátase de una enfermedad intelectual que se ha extendido como reguero de pólvora en los últimos cinco o diez años, a la manera de un loco culto californiano. Se basa en un diagnóstico extremadamente burdo y equivocado, pero muy atractivo para los egoístas y los semieducados, cuyo éxito puede agravar en gran medida las tensiones sociales y las inestabilidades provenientes de las desigualdades crecientes y de la desocupación en aumento.

En esta ocasión no tengo tiempo para analizar por qué el mundo se polariza cada vez más entre los países ricos y los pobres como resultado del éxito mismo del capitalismo. Baste decir que una causa importante de esta división radica en las diferencias de funcionamiento de los mercados entre los productores primarios, por un lado, y los de manufacturas y de servicios, por otro. Por lo común, la competencia en la producción de artículos primarios ha hecho que los beneficios de las reducciones de costos que se deben al progreso técnico hayan pasado a los compradores en forma de precios más bajos, mientras que los productores de manufacturas son los que, en general, retienen los beneficios de los aumentos de productividad, en forma de mayores salarios y de ganancias más elevadas. Este es un rasgo ignorado en

buena parte por los economistas, con las notables excepciones de Raúl Prebisch o Arthur Lewis, por ejemplo. La solución obvia para los productores de artículos primarios es constituir un cártel y elevar el precio hasta donde el comercio lo permita. Empero, por varias razones, antes del establecimiento de la OPEP no pudo constituirse cártel alguno de ese tipo que tuviera permanencia y éxito.

Como la demanda mundial de petróleo es inelástica al precio, el precio óptimo de monopolio difiere mucho del costo. Sin embargo, como las cotizaciones de los bienes industriales están determinadas por los costos, sin que cuente la relación entre la oferta y la demanda, el efecto de elevar las del petróleo 400% en el curso de unos cuantos meses fue generar un aumento de los precios industriales, lo que a su vez condujo a una carrera entre los rápidos aumentos de los salarios y los incrementos sucesivos de los precios de los productores petroleros de la OPEP.

Los países desarrollados respondieron a estos acontecimientos recientes contrayendo sus economías mediante medidas fiscales y monetarias, y dejando a los países en desarrollo no productores de petróleo en la infortunada posición de proveer la contrapartida, en forma de déficit, de los excedentes financieros de los países de la OPEP. Hasta ahora, los grandes bancos privados de los países europeos desarrollados y de Estados Unidos han financiado esos enormes déficit, puesto que la magnitud de las cantidades de que se trata resulta demasiado grande para que instituciones oficiales como el FMI puedan hacerle frente; empero, ese financiamiento privado se apoya en una base cada vez más precaria.

Tal situación puede conducir, en unos pocos años, a un derrumbe bancario internacional, a menos que los principales bancos centrales del mundo eviten el colapso (como probablemente lo harán) mediante intervenciones en gran escala para rescatar a sus clientes más importantes. Estos acontecimientos, sin duda vistos con horror por los partidarios de la ortodoxia financiera, serían un mal a medias porque también significarían el fin del monetarismo.

No obstante, son del todo impredecibles los peligros que resultarían para la economía mundial. Cuanto más se piensa en esta situación, tanto más se concluye que el resultado puede ser desastroso. Sin embargo, siempre puede ocurrir alguna circunstancia hasta ahora imprevista que dulcifique estas horribles predicciones. En el pasado, los economistas se equivocaron más a menudo cuando profetizaron el desastre que cuando vieron el futuro color de rosa. Puede ocurrir, por ejemplo, que algún invento inesperado logre que los recursos naturales, sobre todo los energéticos, sean mucho más abundantes y que esto les dé audacia suficiente a los países desarrollados y en desarrollo para expandir sus economías de suerte tal que puedan explotar las nuevas oportunidades.

A pesar de eso, no debemos olvidar que todo el tiempo acecha la amenaza de aniquilación de la guerra nuclear. No hay razón lógica alguna para que esto ocurra o para que deba esperarse que ocurra, como no sea porque estamos en medio de una carrera armamentista y porque, en el pasado, esas carreras terminaron invariablemente en guerras, más pronto o más tarde. También es preciso considerar el rasgo básico del *homo-sapiens* (que, según me dicen, comparte con las ratas, aunque no con otras especies) de estar siempre dispuesto a entablar combate con sus congéneres y no, como ocurre con otros mamíferos, con especies diferentes. □